

encomió al orador y se ensalzó al patriota; más tarde la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, vistió el luto nacional y se reunió en fúnebre velada para recordar sus merecimientos como miembro que fuera de la docta Corporación y para hablar de los servicios que prestara á las letras y á las ciencias; hace pocas horas la Escuela Superior de Comercio, de la que fué Director, ha convocado á sus profesores y alumnos, y en una ceremonia solemne ha pagado á su memoria el tributo de cariño y de respeto que le era debido, y hoy nosotros que, aunque formamos una agrupación modesta, representamos un anhelo legítimo por el desenvolvimiento de nuestra literatura, le consagramos una de nuestras sesiones para estudiar la labor de toda su vida y poner de relieve sus glorias de poeta, su fama de orador, sus triunfos de dramaturgo, sus enseñanzas como arqueólogo y su autoridad como historiador.

La patria á quienes todos simbolizamos en manifestaciones de esta índole, debe sentirse orgullosa de sí misma y satisfecha de nuestros propósitos. Ella sabe que quienes la sirven en la paz, como los que la defienden en la guerra, son por igual sus hijos predilectos y por igual acreedores á su amor y á su estimación.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

DON JOSÉ PEÓN CONTRERAS,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICRO ALTAMIRANO,

EL DÍA 21 DE DICIEMBRE DE 1907.



Señores:

HABLAR en elogio y honra del gran poeta José Peón Contreras y decir de su labor literaria todo lo que nuestra generación juzga y piensa, es para nosotros gratísima tarea; porque tras el placer que en ello experimentamos, evoca en nuestro espíritu, para nuestra delicia, los recuerdos risueños de la juventud y nos hace volver los ojos con ternura y con amor hacia la Península de Yucatán, *Paene insularum insularumque ocella*, que para nosotros fué siempre tierra de bendición y donde al calor de afectos hondos, pagados con usura, y con el apoyo de manos generosas, que no olvida nuestra gratitud, vimos transcurrir como estudiantes la época más dichosa de la vida.

No podemos ni podremos nunca dejar de recordarlo.

Los jóvenes de entonces, para devorarlas, nos arrebatábamos las poesías que el eximio vate había publicado en México en elegante volumen y con prólogo de nuestro conterráneo, Manuel Sánchez Mármol, ya ilustre desde aquellos días, y su lectura despertaba en nosotros el orgullo legítimo por las glorias de Yucatán, ganadas en honrosa lid por uno de sus hijos, y al mismo tiempo la fiebre del entusiasmo que encendía en nuestros pechos el amor á lo bello y el culto á la poesía, en esos instantes en que las almas juveniles, como pájaros á punto de abandonar el nido, ejercitan sus alas para lanzarse ágiles y prontas al cielo del mundo del ideal.

Los versos de Peón Contreras rebosaban amor para la tierra yucateca, ó habían sido escritos en ella, ó habían sido inspirados en el culto ardentísimo que la profesara, ó estaban consagrados á llorar la muerte de sus amigos de infancia, ó habían sido dedicados á sus hermanos, ó deploraban la prolongada ausencia de su clima y de su sol, ó expresaban la alegría intensísima de volver á ver flotar, entre las brumas del horizonte, la línea azul de sus amadas playas. En todos sus versos palpitaba con todos sus encantos, la vida del terruño nativo; en cada una de sus estrofas se aspiraba el perfume caliente de las flores de sus campos, en alguno de sus poemas se cantaba la majestad augusta de sus

ruinas y en muchos celebrábase la hidalguía y la hermosura de sus mujeres; y cuanto de bello había en sus cantos, y de entusiasmo en sus poesías, y de calor en su inspiración, y de viveza en su numen, y de espléndido vigor en su estro, todo estaba vivificado por el aire, por el sol y por el cielo de aquella hermosa tierra que, si estéril de suyo, ha sido fecundada por el esfuerzo de sus mayores, y honrada y ennoblecida por el trabajo paciente y asiduo de sus hijos.

Peón Contreras era, en consecuencia, para aquel grupo estudiantil, no sólo el poeta inspirado que hacía vibrar en nosotros la lira que se esconde en todas las almas juveniles, como Eolo hace vibrar las arpas que se ocultan entre las frondas de los bosques, sino el poeta, yucateco por excelencia, que aclamado y aplaudido fuera de la Península, y reconocido y proclamado en la Capital de la República como un príncipe de la literatura nacional, nos enseñaba á no olvidar el pedazo de suelo donde crecimos y antes á tenerlo como fuente perenne é inagotable de amor para los hombres y de inspiración para los poetas.

Y por eso aprendimos sus versos de memoria, y por eso, ya aprendidos, los repetíamos constantemente en nuestras reuniones cotidianas, en nuestro colegio y en nuestros hogares, y vivían siempre aleteando en nuestros labios como aque-

llas oraciones matinales que en los albores de nuestra existencia decíamos de rodillas en nuestros lechos, con las manos juntas y los pies desnudos, llenos de fe nuestros corazones, rebotando júbilo nuestros ojos, levantada á los cielos la mirada y nuestro amor puesto en Aquel que nos da el pan y con el pan el sustento, y la inmensa, y la inefable alegría de vivir.

Todos aquellos que con nosotros leyeron y estudiaron en aquellos años los versos de Peón Contreras y los que nos disputábamos los unos á los otros aquel libro encantador que nos obligaba á hurtar una hora tras otra á nuestras rudas labores escolares, para proporcionarnos goces supremos y deleites nuevos, no habrán jamás olvidado que tampoco nos conformábamos con hacer de ellos simples recitaciones; sino que á las veces volábamos á Petkanché, al caer el día, para vivir la vida de su hermosísimo romance, al pie de los cocoteros que abanicaban el horizonte, para columbrar desde allí, más cerca del cielo que de la tierra, las altas cruces de las torres de la Catedral de Mérida y oír en la tranquilidad serena de la tarde, en medio de la soledad augusta de los campos, é interrumpiendo el silencio profundo que en ellos reina, los ecos blandos de sus sonoras campanas, cuando el Angelus dulce y misterioso desgranaba en los aires la cascada bulliciosa de sus mágicos rumores.

¡Oh altísimo poeta, que poblaste de sueños y de amores el despertar de nuestra vida cuando el enjambre bullidor de los ensueños juveniles giraba en torno nuestro, acendrando en nuestro pecho la miel de sus panales! ¿Qué mejor homenaje pudiéramos rendir á tu memoria y de qué mejor manera hubiéramos de honrar tu nombre, que abriendo y volcando á tus pies la urna sagrada de nuestros recuerdos de juventud, que ofreciéndote la mirra y el incienso recogidos en los días de nuestra existencia estudiantil y que enalteciendo y ensalzando tu obra literaria con el entusiasmo generoso que nunca con mayor vigor vive y alienta en nuestros espíritus que en la primera mañana de la vida?

Nunca como en esos instantes de la juventud podemos explicarnos la influencia poderosísima que desde la infancia del mundo han venido ejerciendo los poetas sobre los destinos de todos los pueblos de la tierra. La leyenda de Orfeo no es una leyenda, es un símbolo. El encanto que su lira producía sobre los pueblos bárbaros y primitivos, es una verdad; el cuadro de los prodigios pasmosos que realizaba en el seno de una civilización naciente, no debe ponerse en duda; porque los poetas, esos guías y mentores de las naciones que en sus apocalipsis les revelan sus destinos, esos intérpretes de las pasiones humanas,

que guardan en sus cantos consuelos para todos los dolores y bálsamos para todas las heridas, esos ecos de las músicas del cielo, que deleitan á la humanidad con sus dulzuras infinitas y sus eternas armonías, en todos los tiempos y en todos los países, al igual de Orfeo, han de dulcificar los instintos salvajes de los hombres, poniendo en ellos cuanto hay de ideal en su naturaleza divina, y han de parar el curso de los ríos, y de enternecer á las fieras y de conmover á las rocas y han de verse en su marcha por el mundo seguidos por los bosques y las selvas.

Peón Contreras fué un poeta lírico y un dramaturgo; pero en nuestra lírica y en nuestra dramaturgia fué un poeta romántico, á la manera española, discípulo del Duque de Rivas y de Zorrilla, de García Gutiérrez y de Hartzembusch.

Llama la atención que cuando los últimos cantos de los poetas románticos, como Fernando Calderón y Rodríguez Galván, habían dejado de resonar en nuestro Parnaso, que cuando se iniciaba un nuevo movimiento literario que significaba nada menos que una verdadera resurrección para nuestras artes y para nuestras letras, que apartándose de la dirección que Altamirano había impreso en nuestro mundo intelectual, cruzara en medio de nuestros poetas, con el harpa al hombro entonando su cántiga amorosa y haciendo florecer de

nuevo la literatura medioeval y romancesca, el último de los trovadores románticos, así como en noche serena y estrellada, despertando nuestra admiración, atrayendo nuestras miradas y deslumbrando nuestros ojos, pasa hermosísimo meteoro dejando, á guisa de cauda, un reguero de intensa y brillante luz.

El hecho es indudable en nuestra historia literaria, y quizá la única explicación que de ello pudiéramos dar, es que el trovador aquél acababa de cruzar los mares y venía de las tierras de Yucatán, abandonando el comercio íntimo con sus maestros y amigos, con sus modelos y con sus émulos, consagrados todos aún al culto de la poesía romántica y á la imitación de la lírica española, que habían enriquecido Espronceda, con su desesperación byroniana y con su pesimismo leopardesco, y Zorrilla con su pompa á la Víctor Hugo y su fecundidad á la Dumas, labor que nos ha dejado como el mejor, si no como el único de sus frutos, toda una serie de romances y leyendas relativas á la historia antigua y á nuestra época colonial, en la cual vivieron el sueño de su metamorfosis social, la raza conquistada y la raza conquistadora, que inconscientes preparaban el porvenir augusto de la patria.

Para estudiar y comprender la gran labor literaria de Peón Contreras fuerza nos es hablar de

lo que fué el romanticismo, determinar su alcance y precisar sus caracteres esenciales, tanto en la lírica como en la dramática, á fin de ver cómo encaja en sus principios y en sus cánones, cómo en sus fuentes halla su inspiración, cómo en sus escritos encuentra sus modelos, y cómo, afiliado á esa escuela y obediente á sus preceptos, llegó á constituir importantísima personalidad en el coro de nuestros poetas y en nuestra literatura nacional.

El romanticismo no fué la obra de aquella doble tendencia que ha dividido á los hombres y que en las ciencias, en las artes y en las letras les ha hecho buscar la verdad y la belleza, ora dentro, ora fuera de sí mismos. El ha sido, no obstante, considerado por los críticos como una manifestación trascendental de la necesidad siempre creciente del arte, en su afán de corresponder más y más cada día á los altos ideales que persigue y principalmente como un movimiento de insurrección, de orden general y superior, contra el preceptismo clásico que anhelaba por limitar al arte su esfera de acción, cerrar sus horizontes y circunscribir su vida dentro de moldes estrechísimos.

La revolución, empero, no se intentó contra aquel clasicismo helénico que había provocado, desde mediados y en las postrimerías del siglo XV, el

renacimiento del arte y de las letras, comunicando su aliento poderoso al espíritu humano para que al florecer y fructificar tuvieran perfumes áticos sus flores y mieles del Himeto sus frutos; sino contra aquél otro, raquítrico y mezquino, intolerante y apegado á las reglas y á las fórmulas con tal apegamiento, que hacía imposible la vida de las letras y del arte mismo, privando al artista, al pensador y al poeta de toda iniciativa y libertad; sofocando en ellos, á la par que los movimientos espontáneos del ánimo, los arranques de la inspiración, como si la obra de arte pudiera tan sólo realizarse merced á la aplicación de los principios técnicos y como si la retórica pretendiera á la postre llegar á convertirse en la fecunda madre de la divina poesía.

Víctor Hugo dijo bien cuando, en el prólogo de *Hernani*, dijo que el romanticismo era el liberalismo en literatura; porque fué, en efecto, un movimiento de libertad contra una tiranía secular que pesaba sobre los ingenios, contra la tiranía y contra el yugo que se imponía á todas las inteligencias, contra la tiranía y contra el yugo de Aristóteles y de Quintiliano, de Boileau y de La Harpe, para lograr una renovación completa y profunda en la inspiración poética.

Pero el romanticismo no fué únicamente un elemento de destrucción, fué también un ele-

mento creador; porque, en oposición al clasicismo, tuvo un concepto diferente de lo verdadero y de lo bello en el Arte. El clasicismo hizo de la verdad y la belleza abstracciones puras, ideas generales á las que se eleva fácilmente la razón humana renunciando á la vida, suprimiendo todos los lazos poderosos que á ella nos atan y circunviéndose en las alturas inaccesibles del pensamiento, y el romanticismo, identificando el arte con la naturaleza, lo puso en contacto con la realidad, á injertándole savia de vida, le hizo vivir en todas partes la vida nacional y obedecer á sus necesidades hasta llegar á ser la fiel expresión de ella, con todas sus exigencias y con todos sus ideales.

Los poetas clásicos se habían fabricado en Grecia y Roma una patria intelectual que para ellos era una patria común; en una y en otra parte hallaban tan sólo el asunto de sus poemas y la materia de sus dramas, y, á semejanza del dios Pan, no abandonaban jamás las cumbres risueñas del Liceo, sino para despertar en seguida sobre las faldas verdes y paradisiacas del Lucrétel. Como sus dioses eran los dioses de Homero y sólo para ellos levantaban altares en sus templos; como el fuego poético que los animaba sólo podía encenderse en los ojos de las divinas Piérides, del Helicón habitadoras; como las aguas donde habrían de abreviar

sus espíritus, eran únicamente aquellas que brotaban de la dulce Castalia ó de la parlera Aganipe que se ocultaban en los collados de Tespia, y como, en último análisis, ellos no podían sino formar parte del coro de Apolo que, al rodar de su cuádriga voladora, encendía el entusiasmo en sus pechos y el día esplendoroso en sus espíritus, lograron que su arte no fuera otra cosa que un arte ficticio, carente de verdad si no ayuno de belleza, y que viviesen en perpetuo divorcio de la historia y de la leyenda, de las costumbres y de los hábitos de los pueblos que representaban y de las naciones donde vivían. Los poetas románticos, en cambio, al destruir todos estos mentirosos artificios y al cegar la fuente de esta inspiración convencional, evocaron los viejos recuerdos de los pueblos que estaban ligados con el origen de su existencia, se apegaron á sus antiguas tradiciones y recordaron la vida de sus mayores y la gloria de sus héroes y las hazañas de sus paladines, y quemando ante ellos el incienso de la poesía patriótica popular, crearon un arte nuevo y nuevas letras nacionales, y buscaron amparo y refugio á la sombra y al calor de las vetustas catedrales góticas, donde el espíritu cristiano, purificado de toda terrenal escoria, había hallado el único templo á propósito para rendir culto á su dios único, aquel culto sublime hecho de amor, de fe, de esperanzas

celestiales, de crueles torturas y de mundanos sacrificios.

Es cierto, el romanticismo fué en todas partes enderezado á la creación de un arte nacional, y ora en la música, ora en la pintura, ora en las bellas letras, no quiso sino inspirarse en asuntos nacionales y no pretendió sino glorificar los recuerdos que cada país vincula en sus tradiciones, en sus costumbres y en su historia.

El mundo ya no debía estar dirigido y gobernado por los dioses del Olimpo. Una fuerza superior había arrebatado para siempre de las manos de Júpiter el rayo vengador; Mercurio, con alas en los pies y al aire el caduceo, ya no cruzaba los aires como saeta voladora llevando los mensajes del Padre de los dioses; Neptuno, perdido su tridente, se había irremisiblemente sepultado entre las ondas de los mares sin ver que de ellos salieran fugitivas las Nereidas; la Madre Venus ya no debía ser contemplada por ojos humanos, como la única reina de la hermosura, en su nido de concha y de corales; ya no era Vulcano quien sacudía el planeta trabajando sudoroso en las fraguas candentes del Etna abrasador, y el dios Pan, de nadie ya temido, había abandonado para siempre su fresco retiro de los collados de la Arcadia y sólo el eco de su nombre, como un lamento eterno, hablaba de su muerte en las riberas del Me-

diterráneo. La naturaleza ya no estaba animada y vivificada por los semidioses. Ya no era Eolo quien suspiraba entre las verdes frondas de las selvas; las hamadriadas ya no habitaban los bosques, ocultas tras de los troncos de los árboles; ya no eran ninfas invisibles las que lloraban en el murmurar quejumbroso de las fuentes; las ondinas ya no reían, sacando afuera el pecho, en la corriente de los ríos; ya las Gracias en los campos, cogidas de las manos, no anunciaban la llegada de la Primavera, batiendo con los pies el suelo á la luz misteriosa de la Luna, y los Sátiros lascivos, los ojos encendidos por la lujuria, tras el follaje espeso, abrigados en sus nidos de verdura, no presenciaban á la hora de la siesta, el baño bullicioso de las desnudas driadas.

El espíritu cristiano, como un nuevo sol, había disipado el espesísimo nublado y toda la legión risueña de los dioses paganos se había alejado para siempre de los cielos del arte dejándolos vacíos, ó haciendo que, por obra del romanticismo, se poblaran de nuevo de hurles y de silfos, de brujas y de hadas, de gnomos y de duendes, ideales mensajeros llamados á ponernos en íntima comunión con el alma de las cosas.

Entre los diversos y complejos impulsos que contribuyeron á precisar los rasgos distintivos del romanticismo en la poesía lírica, fueron los pred-

minantes el subjetivismo ó individualismo lírico y el sentimiento arqueológico é histórico dirigido con preferencia á las costumbres, á los recuerdos heroicos y á los monumentos grandiosos de la Edad Media.

El subjetivismo lírico caracteriza casi toda la poesía romántica, porque mientras «en la literatura clásica el escritor está fuera de sí mismo y es como el narrador ó intérprete de sí mismo, en el romanticismo, al contrario, el poeta nos entrega todo su pensamiento y toda su alma, y nos invita al conocimiento del hombre poniendo ante nuestros ojos la anatomía de su sér.»

La poesía subjetiva de los poetas románticos ha sido clasificada por los críticos según su objeto, y ó la llaman poesía del alma «expresión ideal y misteriosa, como decía Lamartine, de lo que el alma tiene de más eterno y de más inexplicable, sentido armonioso de los dolores y de las voluptuosidades del espíritu,» ó poesía de la simpatía, cuando el poeta se siente dominado por una vocación que lo arrastra al desempeño de un apostolado social, obra de una intuición mística ó de un decreto providencial, ó poesía del ensueño, cuando se lanza á los dominios de la fantasía abandonando los del corazón.

Pero tanto la poesía del alma, como la de la simpatía ó la del ensueño, estaban caracterizadas

por una exageración estudiada del sentimiento que expresaban ó por una exaltación sin límites del pensamiento que las informaba. Todas las pasiones humanas comprimidas por el clasicismo, las dulces y las violentas, las tranquilas y las febriles, esto es, el amor y el odio, la amistad y los celos y todas las grandes ideas que forman la trama íntima de nuestra existencia, las alegres y las lúgubres, esto es, la vida y la muerte y el destino humano y la eternidad, se hallaban desnaturalizadas; porque el amor había de ser desgraciado, sentimiento abrasador incapaz de dar á las almas la salud; los odios debían ser inextinguibles, capaces de perpetuarse de generación en generación; y la amistad había de ser infiel é inconstante, imposible para servir de cimiento á la unión de los hombres; y los celos tenían que ser homicidas, de aquellos que sólo ceden cuando han saciado su sed de sangre y de venganza; y la vida debía de ser triste é indigna, por miserable, de ser vivida, y la muerte había de ser alegre, por redentora, y el destino humano una fatalidad invencible y la eternidad un insondable abismo donde habríamos de hallar la dicha inacabable y el olvido de todas las miserias de este mundo.

Estos sentimientos exagerados, y estas ideas desnaturalizadas, arrastraban al romanticismo á hacer de la naturaleza el templo de un panteísmo

desolador, lleno de las más peligrosas tendencias, desde la admiración de los amores estériles, hasta la justificación del suicidio irreparable, ó el templo de un dios único que, adorado con un amor que se espiritualiza por medio de abnegaciones sublimes y de torturas indecibles, acaba por engendrar también en las almas esa ansia infinita de aproximarse al secreto íntimo de la vida, que hace nacer al fin en ellas una incurable melancolía.

Esta poesía subjetiva, á causa de todos estos vicios que le eran propios y merced á este estado morboso de los espíritus donde encontraba abrigo, hubo de embriagarse con el misterio eterno, y perdió la serenidad y no logró el equilibrio, y cantó el dolor de preferencia á la alegría, y el desconsuelo antes que la esperanza, y la desolación más bien que la dicha, hasta lograr convertirse, por natural amaneramiento, en el símbolo reconocido de la escuela, en el género característico del romanticismo.

Don Juan Valera, cuando analiza el romanticismo en España, en sus *Estudios Críticos sobre Literatura y sobre Política*, hace en un admirable resumen una pintura tan exacta del poeta romántico, que da cabal idea de lo que era y podía ser aquella poesía enfermiza y soñadora. «El poeta—dice— no escribía ni debía escribir por arte, sino

por inspiración: su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres, y el universo-mundo le debía considerar como un apóstol, con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una planta maldita con frutos de bendición. En sus amores debía aspirar el poeta á un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y, sin embargo, amar á una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del diluvio y á la rosa de Jericó: mas al cabo debía palpar la realidad, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle y llorar sus ilusiones perdidas, ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los pies de los altares y entonando plegarias á la Virgen y á Jesucristo.»

El segundo impulso que determinó la índole de la poesía lírica romántica, hizo de ella una poesía arqueológica; porque los poetas del romanticismo fueron llevados por el entusiasmo nacional y patriótico, á evocar en sus países respectivos los recuerdos de la Edad Media y los de la vida feudal, para convertir en objeto preferente de sus canciones, aquellas justas y torneos donde los

hombres peleaban por su dios y por su dama, y aquellas cortes de amor donde se celebraba la hermosura al igual que la divinidad, y aquel vagar de los errantes trovadores que cruzaban el mundo tañendo sus arpas para anunciar que el Arte, como un nuevo Fénix, había de renacer de sus cenizas.

Además, el espíritu teutónico, místico y soñador que había creado las leyendas sobrenaturales y fantásticas que fueron el encanto y el recreo de los pueblos de la Germania medioeval, dió vida y carácter también á la poesía romántica; y, como era natural, le comunicó sus idealismos tan vaporesos como ténues, sus ensueños tan deleitosos como quiméricos, y sus vaguedades tan dulces como indefinibles, y logró inspirarle el culto ferviente de la arquitectura gótica, que lanzaba las flechas de sus torres, como plegarias á los cielos; de las noches de luna evocadoras de los amores tristes, de los recuerdos dolorosos y de las esperanzas muertas; el de las nieblas del Rhin, á través de las cuales se veían vacilar en los horizontes las siluetas indecisas de sus castillos almenados: el de la mitología popular, y de las veladas y consejas, y el de las artes taumatúrgicas, merced á las cuales, á la hora de media noche, las brujas, cabalgando en sus escobas, acudían al aquelarre para poner miedo en los corazones in-

fantiles y para cortar ó desatar los nudos apretados de la vida.

Tal fué el romanticismo en la literatura y tales los rasgos que dominaron en la poesía lírica romántica.

Pero si la influencia del romanticismo en la poesía lírica produjo una revolución tan completa, no fué menor la que llevó á cabo en la dramaturgia, modificando de una manera radical sus fundamentos, que se creían incommovibles, el juego de su acción, que parecía obedecer á cánones inviolables, y sus propósitos y sus tendencias, que se estimaban fijadas para siempre.

El arte clásico dramático tenía por base las tres unidades de Aristóteles, por Aristóteles estudiadas y precisadas en su observación cuidadosa de la marcha y desenvolvimiento de la tragedia griega. Uno debía ser el lugar, uno el tiempo y una la acción; y sin este rigorismo opresor, y sin estas condiciones de vida, el teatro no podía presentar-nos ficción alguna en la cual se reflejaran las pasiones de los hombres, los anhelos de las multitudes y las condiciones políticas de los pueblos.

El teatro debía, antes que otra cosa, tener tendencias bien determinadas, y por esto mismo no debía copiar á los seres humanos, sino sus pasiones, y encarnarlas de tal manera, que se perdiera de vista al hombre para no contemplar sino la per-

sonificación abstracta de los móviles que determinaban su acción en la vida.

Lo mismo la tragedia que el drama y el drama que la comedia, y ora naciesen en Grecia, ora en Roma, ora en Francia, no debían representar sino abstracciones metafísicas, en cada una de las cuales estuviesen copiados los vicios y las virtudes, las cualidades buenas y los defectos, las esperanzas y los anhelos, las ilusiones y los desengaños, las costumbres y los hábitos de los hombres, ya fuesen los grandiosos y los sublimes, los heroicos y los mezquinos, los ridículos y los festivos.

El sabio de Estagira no había pretendido, es cierto, como lo dice don Juan Valera, hacer de la poesía dramática una poesía docente. Él había enseñado la regla del arte por el arte y que la purificación de las pasiones humanas, que eran el fin y el objeto de la tragedia, no debía llevarse á cabo predicando lecciones de moral; porque la compasión y el terror, si deben producirnos un efecto doloroso, en la región serena é ideal de la poesía, deben también engendrar un exquisito deleite; pero los preceptistas pseudo-clásicos habían querido inculcar en sus discípulos la idea de que toda obra dramática debía encerrar una lección de moral, y que para esto era menester que tuviese una tesis más ó menos demostrable.

El pseudo-clasicismo, en ésta como en todas las cosas, por rendir culto apasionado al arte, se había olvidado de la vida que debía copiar y representar, y había creado idealismos ficticios aunque bellos, y había realizado estudios hondos de la naturaleza humana, aunque imperfectos, y había levantado sobre la escena seres y cosas pertenecientes á un mundo que nos era extraño y desconocido.

El romanticismo pretendió una verdadera reconstrucción de las reglas y principios del arte dramático, y tomando por base el criterio de Lessing, é inspirándose en las portentosas obras de Lope y Calderón, y calentándose al calor de aquel horno de las pasiones humanas creado por los dramas de Shakespeare, se propuso hacer una obra de arte, algo bello y sublime que conmoviera y divertiera y que interesara vivamente, sin paramientos en que hubiera ó no un problema social, ó un problema metafísico ó un problema religioso; sino que tuvieran vida los personajes del drama, en que la acción fuera verosímil y en que el desenlace fuera el necesario é indispensable, según el medio en que los personajes habían vivido y según el lugar en que la acción se había desatado.

La obra dramática romántica nació, por ende, sujeta á distintos cánones y á diversos preceptos;

y si debía tener por base una acción verosímil, el centro de esa acción debía radicar en los varios caracteres de los múltiples personajes. Sin resolver problema alguno, éste debía surgir irremisiblemente de la acción misma; y sin que el poeta reflexionase en ello, dominando aquel mundo ideal del cual era el creador, había de representar la vida tal como ella palpita ante nuestros ojos, tal como ella se produce al choque violento de los instintos y de las pasiones de los hombres.

Hacer de los personajes del drama hombres vivientes y no seres metafísicos; convertir la dramaturgia no en un arte docente, sino en la hermosa realización del arte por el arte; precisar sus tendencias, no en la resolución de problemas, sino en la representación exacta de la vida, para que las cuestiones trascendentales surgieran de ella misma, y para lograr esto, romper las tres unidades clásicas, tal fué, á nuestro modo de ver y dicho en una forma sintética, el propósito que persiguieron desde el punto de vista teórico los grandes corifeos del romanticismo.

¿En qué grado el romanticismo realizó su programa, de qué manera cumplió sus promesas formuladas al combatir al pseudo-clasicismo? Eso nos lo enseñan Víctor Hugo en los «Burgraves» y en «Hernani,» y Dumas en «Catalina Howard,» y el «Don Álvaro» del Duque de Rivas, y el «Trova-

dor» de García Gutiérrez, y «Los Amantes de Teruel» de Hartzenbusch, y los muchos dramas de Zorrilla; porque todos ellos, modelos en su género, comprueban que si la escuela llegó á producir verdaderas obras de arte, no logró en ninguna de ellas hacer vivir el ideal que tuvo en mira.

Así explicado el romanticismo y así caracterizadas la lírica y la dramática románticas, es indudable que nuestro poeta Peón Contreras, si acaso uno de los últimos, es también uno de los más fieles, de los más acabados y de los más perfectos representantes de la escuela. El tipo ideal del poeta romántico, tal como lo pintara Don Juan Valera; el modelo intachable del trovador medioeval, tal como lo concibieran las generaciones que vivieron en la primera mitad del siglo XIX; el dechado impecable del autor dramático, lleno de lirismos, que distrae la atención, que halaga el oído, que seduce el ánimo y que ilustra el espíritu, es, sin duda, nuestro romántico Peón Contreras.

Sus obras líricas las forman sus «Poesías,» publicadas en 1871; sus «Ecos,» sus «Romances Históricos,» sus «Romances Dramáticos,» sus «Pequeños Dramas,» sus «Trovas Colombineas» y un número incontable de odas y de baladas, de cantos y de endechas, que el día que lleguen á reunirse y á compaginarse formarán todavía varios volúmenes.

Sus obras son muy fáciles de clasificar. Unas son el resultado del subjetivismo lírico, y las otras del entusiasmo nacional y patriótico para evocar los recuerdos medioevales y la vida feudal y caballeresca.



Sus poesías son un ramillete de flores olorosas deshojadas á los pies de la hermosura; himnos de amor, tristes y melancólicos, exhalados con el alma en pena y con el pecho adolorido; son cantos nostálgicos del cielo, son arpegios y músicas suspirados por vientos otoñales, en los momentos de la caída de las hojas, en los bosques sin sol de la vida romántica.

En la lira de Peón Contreras no hubo acordes sino para llorar aquellos dolores que acababan por curarse; sino para celebrar á las mujeres, causa y razón de todos los tormentos de la vida; sino para idealizar el amor por medio de sufrimientos hondamente sentidos y con martirios pacientemente soportados. Su dolor no fué el punzante de Lamartine, ni el amargo de Byron, ni el pesimista de Leopardi; sino un dolor melancólico, abrigador de esperanzas de consuelo y lleno de resignaciones dulces; y sus mujeres no fueron las sensuales que ofrecen besos embriagadores en la ancha copa de los deleites afrodisíacos, como aquellas á quienes

amara Espronceda; sino las tiernas y sensibles, cuyos espíritus se pueblan con ensueños juveniles, cuyos corazones abrigan quimeras irrealizables, en cuyos labios no se escuchan sino palabras de perdón, y en cuyos ojos no palpitan sino los últimos resplandores de los soles en ocaso; y su amor no fué el engendro del erotismo, como el de nuestro poeta Manuel M. Flores, sino el que sólo echa raíces en los pechos sanos, en los albores de la existencia; amor lleno de presentimientos negros, de ilusiones dulces y de penas remediabiles.

Por ser éste siempre su fondo, la poesía subjetiva de Peón Contreras produce indefinibles entusiasmos en todas las épocas de la vida y principalmente en la de la juventud, y no es malsana ni enfermiza, á pesar de ser quimérica, y es robusta y es vigorosa, á pesar de ser romántica.

Es de sentirse que la índole de nuestro discurso no nos permita regalar vuestros oídos, haciendo resonar en ellos algunas de las sonoras estrofas que como ejemplo y modelo pudieran citarse. Advertiríanse en ellas quizás algunos defectos de prosodia, algunas faltas de régimen y construcción, y la retórica podría tal vez salir maltrecha en algún caso; pero en todas ellas se hallaría un gusto exquisito en las imágenes, una delicadeza extrema en la expresión, una riqueza extraordinaria en el sentimiento, una variedad de tropos en el es-

tilo y una prodigiosa muestra del absoluto conocimiento de ese mágico secreto donde reside el arte de entusiasmar y conmover.

Los romances históricos de Peón Contreras contradicen, sin duda alguna, la opinión que respecto de este género literario han emitido dos eminentes críticos españoles: Don Juan Valera y Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Valera censura, por ser el tema demasiado prosaico para la poesía, el poema «Hernán Cortés,» de Ventura de la Vega, y Menéndez y Pelayo juzga demasiado próximas á nosotros la Conquista y la época colonial, para dar asunto y tema á los poetas románticos mexicanos.

Dice Menéndez y Pelayo en su «Introducción á la Antología de Poetas Hispano-Americanos:»

«Los recuerdos del descubrimiento y de la conquista, tan interesantes y poéticos en sí, tan aptos para causar maravilla y extrañezas, tampoco podían servir de base á una poesía arqueológico-romántica, por demasiado históricos y demasiado cercanos. La realidad conocida aquí hasta en sus menores detalles y consignada prolijamente en tantas crónicas y relaciones originales, parece que corta el vuelo á las invenciones de la fantasía, que tienen más bien por natural dominio las edades misteriosas y crepusculares, cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental.»

Antes había dicho ya:

«El otro elemento romántico, el de la poesía histórica, el arte novelesco y legendario de Walter Scott, de Víctor Hugo, en «Nuestra Señora;» del Duque de Rivas y de Zorrilla, era enteramente inadecuado á la poesía americana, y fué gran temeridad y error querer introducirlo en pueblos niños cuyos más antiguos recuerdos históricos no pasaban de trescientos años; porque claro está que las tradiciones y los símbolos de los aztecas y de los incas, tan exóticos son para la mayor parte de los americanos como para nosotros.»

La opinión del ilustre crítico español es digna de respeto por ser suya, y la tendríamos por cierta si los únicos ensayos de poesía arqueológico-romántica, hechos entre nosotros, fueran como «La Visión de Moctezuma,» de Rodríguez Galván, á pesar de ser muy bella; pero si tomamos en cuenta las «Leyendas Mexicanas» de nuestro Don José María Roa Bárcena, y á ellas se agregan los romances de Peón Contreras y los notabilísimos «Poemas» de Augusto Genin y las «Leyendas de las calles de México» de Peza y Riva Palacio, es indudable que comprueban que la historia de nuestras antiguas razas indígenas y la de la Conquista y la de la dominación española, pueden ser y son manantial fecundo de hermosísima poesía.

Los romances históricos mexicanos de Peón

Contreras, pueden competir, por el interés que despiertan, por la forma dramática dada al asunto, por la manera de presentar los episodios y por el vigor de la inspiración y por la fecundidad de la fantasía, con los mejores romances moriscos que haya producido la lírica española: y si no fuera por la diversidad del metro, valdría compararlos también con la conocida y celebrada leyenda «El Moro Expósito,» del Duque de Rivas.

Los que han estudiado nuestra historia saben á maravilla la lucha que existió entre los reyes tepalcates y los texcucanos, y conocen la vida de Tezozomoc el tirano y de Maxtlaton el cruel, así como los sufrimientos del rey poeta Netzahualcoyotl, y, sin embargo, habrán de experimentar un intensísimo deleite con la lectura de todos los romances en los cuales refiere el poeta la ruina de Atzacapotzalco. Todos los cuadros son de un admirable colorido, todas las escenas están llenas de calor y de vida, y aunque en nada se apartan de la verdad histórica, están vestidas de tal modo con las galas de la poesía y ostentan por manera tan brillante los esplendores del estro del artista incomparable, que se presentan á los ojos con desusada novedad y despiertan en el ánimo una profunda emoción estética.

Superiores, no obstante, á estos romances, son los llamados «Dramáticos» y los «Pequeños Dra-

mas.» Peón Contreras es en ellos, por la forma y por el fondo, un poeta netamente romántico y español. Los romances son de capa y espada; pintan y describen las legendarias costumbres de la época del virreinato español; hay en todos ellos lances de honor, episodios de la vida conventual, y por doquier se revelan sentimientos hidalgos y caballerescos y hábitos característicos de la España de los siglos XVI y XVII. El amor es el alma de esos romances; pero jamás cantan los amores felices que forman la ambición de la juventud y la alegría del hogar y la unión de la familia; él tan sólo copió en ellos los amores adúlteros, manchados con la sangre de sus víctimas; los amores desgraciados que hallan la muerte en el mismo día de las nupcias; los amores imposibles, que no pueden vivir sino sufriendo tormentos irremediables; los amores, en fin, que engendran en el hombre y en la mujer todas las malas pasiones; el odio con sus rencores eternos y los celos con sus frenéticos arrebatos.

El poema, sin embargo, en que nos dió gallarda muestra de sus excepcionales facultades, fué aquel que consagró á la memoria de Cristóbal Colón, y en el cual, bajo el modesto título de «Trovas Colombinas,» quiso contarnos el episodio más conocido y más pasmoso de la historia contemporánea: el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El poema no es una simple relación de los sucesos, no es tampoco un romance histórico; es una mezcla de poesía subjetiva y descriptiva, porque ya habla el héroe contando por sí mismo las hondas preocupaciones que lo torturan y lo devoran, ó ya el poeta refiere sus sufrimientos, ó pinta sus ansias y sus anhelos, sus esperanzas y sus desengaños, sus luchas y sus triunfos, sus alegrías y sus martirios. Las octavas reales puestas en los labios de Cristóbal Colón, cuando dirige á su esposa muerta su canción de amores, son de una belleza incomparable y recuerdan por la pasión que las inspira, por el sentimiento profundo que revelan, por la queja comprimida que de ellas se exhala y por el dejo amargo que en ellas se advierte, el «Canto á Teresa,» de Espronceda.

La variedad de metros en que está escrito, la riqueza de la rima de la cual se propuso hacer alarde, privan, es cierto, al poema de aquella majestad que el asunto debiera haberle impreso; pero en cambio, le han permitido, de acuerdo con los principales episodios relatados, recorrer toda la lírica y pasar de la narración sencilla y romancesca á los acentos vigorosos de la oda. Ni un solo momento decae el interés, antes sube y crece por instantes, y con el ánimo suspenso, con la admiración despierta y el entusiasmo siempre vivo, se devo-

ran esas páginas que constituyen un modelo de poesía arqueológico-romántica.

Si no se hubiera ganado el poeta fama imperecedera desde los días de su juventud, cuando publicó sus primeros ensayos, sus *Trovas Colombianas* hubieran bastado á justificar su gloria en el mundo de las letras.

El dramaturgo fué tan fecundo como afortunado. Sus dramas fueron muchos y los más le valieron ovaciones ruidosas y le granjearon distinciones y honores que sólo se conceden á los héroes que se convierten en ídolo de las multitudes. Los triunfos del autor dramático, sólo comparables á los del orador, son superiores á los del poeta, á los del pensador, á los del sabio y á los del artista. Las obras de estos últimos se imponen lentamente, ganan poco á poco el favor del público; tenidas hoy en menos, acaban por ser admiradas mañana, y todo éxito feliz habrá de lograrse merced á una labor continua y paciente; en tanto que las del dramaturgo se conquistan la opinión de una manera súbita y deslumbran por sus bellezas y cautivan por su mérito, en el instante mismo en que se representan, y por eso el aplauso es caluroso, y la aprobación espontánea, y la aclamación sincera y la ovación entusiasta. El auditorio cede ante la magia del escritor, y ya seducido, pasa con facilidad de la indiferencia á la admiración, de la ad-

miración al delirio, para ofrecer sin reserva las palmas del triunfo y la copa rebosante de los deleites supremos.

Peón Contreras se embriagó muchas veces con ese licor celeste; la gloria imprimió sobre su cabeza sus ósculos ardientes, el laurel y el encino cercaron sus sienes, los aplausos atronaron sus oídos, la luz del apoteosis brilló en sus ojos, y, aplaudido por propios y por extraños, y admirado por sus émulos y amado por sus amigos, disfrutó de la dicha incomparable de ser un triunfador en las luchas serenas de la inteligencia.

Para dar exacta idea de sus dramas, debemos decir que, como sus romances, son dramas de capa y espada, inspirados los más en asuntos de la vida de la época colonial, y copiando sus costumbres y preocupaciones, sus virtudes caballerescas y sus vicios incorregibles. Muchos están versificados con facilidad suma, ya en redondillas sonoras ó ya en romances armoniosos; otros están escritos en una prosa elegante y castiza, y todos contienen tramas muy bien urdidas y mejor desenlazadas, una acción rápida y escenas bien combinadas y ricas en pormenores, revelando un admirable conocimiento del teatro y de los grandes recursos para despertar el interés, para reprimir la impaciencia, para preparar las sorpresas y para deleitar y conmover. Sus dramas no tienen tesis demostrables,

porque el propósito que siempre abriga es más el de emocionar que el de instruir y moralizar; y sus argumentos, tras no ser rebuscados, son las más veces verosímiles, y los caracteres de los personajes están en muchos casos precisados con firmeza, y del juego de la acción y de la verosimilitud con que se encadena, resulta la tendencia psicológica, religiosa ó social que en ellos se ve. Hay en esas tramas estudios bastante buenos, principalmente de las acciones caballerescas; el honor púntiloso y exagerado, la obediencia á la autoridad del rey, tan absoluta como natural; la sumisión á la potestad paterna, tan debida como completa; el amor hasta el sacrificio, el odio hasta la muerte, las rivalidades hasta el crimen y el valor hasta la heroicidad, y con ellos se ven mezclados sentimientos muy humanos y vicios muy conocidos y situaciones muy reales y verdaderas. El mundo del poeta es un mundo de ayer que no es el nuestro, aquel en que respiramos y vivimos; pero no por eso deja de ser una realidad viviente, sostenida por la verdad, aunque idealizada por la fantasía. Toda su obra dramática se mueve en la escena fácil y espontánea, merced al soplo de vida que la alienta y la anima.

Intencionalmente no queremos descender al análisis minucioso de sus piezas, ni llamar la atención acerca de los primores de *La Hija del Rey*, ni

de las escenas conmovedoras de *Gil González de Ávila*, ni de los encantos de *Por el Joyel del Sombrero* y de *Hasta el Cielo*, ni de los defectos salientes que pudieran censurarse en algunas ó en muchas de ellas; porque nuestro propósito es tan sólo formular en una síntesis, tras un estudio ahincado y completo, nuestra opinión respecto de su labor como dramaturgo, considerada en su conjunto.

Sus dramas son superiores á los del mismo género que los autores mexicanos habían hecho representar en nuestros teatros, y tienen mucha semejanza con los que la dramaturgia española produjo en los tiempos del romanticismo, desde el Duque de Rivas hasta Zorrilla. Dos dramas de Rodríguez Galván, «*Muñoz, visitador de México*,» y «*El Privado del Virrey*,» son los necesarios antecedentes en nuestra historia literaria de los de Peón Contreras. Ambos son piezas de mérito, bien trabajadas y escritas con galanura de estilo, en las cuales las bellezas sobrepujan á los defectos; pero de ¡cuán diversa manera entienden el arte el uno y el otro dramaturgo!; porque lo que para aquél son escenas inútiles, caracteres falsos, imitaciones desmayadas de la dramática española, situaciones raras y desenlaces inverosímiles, en éste, como ya lo hemos dicho, todo es natural y sencillo, y las escenas son oportunas y los caracteres sostenidos y

las imitaciones felices y los desenlaces necesarios. No tiene Peón Contreras la profundidad filosófica ni el conocimiento de las pasiones humanas de que nos da muestra el Duque de Rivas, sobre todo en su *Don Álvaro*; carece de aquel fuego poético y de aquella apasionada vehemencia que tanto se admira en *El Trovador* de García Gutiérrez, el acierto, tal vez único, del célebre dramaturgo; no llega nunca, á pesar de sus esfuerzos, á expresar el amor sublime con el calor verdaderamente humano de *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y jamás pudo igualar el lirismo exuberante, casi siempre musical y rotundo, de Zorrilla; pero sin duda es tan acertado en el desarrollo de sus argumentos y en el primor de sus diálogos, como el Duque de Rivas, y es tan sincero como García Gutiérrez, en la pintura de las pasiones, y es tan expresivo en el trazar los caracteres de sus personajes, como Hartzenbusch, y tan espontáneo y tan galano en su lirismo, como Zorrilla.

En la historia de nuestra dramaturgia, la fecunda labor de Peón Contreras significará siempre un grande y generoso esfuerzo para la creación de nuestro teatro, y él será considerado por su lirismo como un Zorrilla mexicano.

Réstanos hablar de la última obra del poeta, de su hermosísimo poema *Flérida y Garcilaso*, que escribió en sus postrimerías, cuando cedía ya su

cuerpo al peso de los años, á pesar de que en su espíritu guardaba la inmarcesible frescura de una eterna juventud.

El poema es el episodio de amor de la vida de Garcilaso de la Vega, del Virgilio castellano, de aquel poeta bucólico que ha dejado resonando en nuestros oídos y vibrando en nuestras almas los tiernos cantos de amor de los pastores, el dulce lamentar de Salicio y Nemoroso, vago como el viento, triste como la noche, profundo como los abismos y eternamente bello como la vida.

El argumento es sencillísimo: es la historia de un amor desgraciado, como todos aquellos que cantó Peón Contreras. Salicio ama á Galatea sin que ella le corresponda; ama Flérida á Salicio y ella es amada por Tirreno; mas al fin Salicio vuelve á Flérida los ojos, y después de amarse mucho y cuando están á punto de realizar el mutuo afán de su existencia, ella lo ve morir en el asalto de la Torre de Muey, bajo las órdenes del Rey Carlos V; porque Salicio no es otro sino el famoso guerrero y poeta Garcilaso, que alcanzó celebridad y gloria, ciñendo á la par los laureles de Marte y los de Apolo.

Lo que es digno de ser admirado y aplaudido en este poema es la facilidad de la versificación, la galanura del estilo, la verdad de los sentimientos, la belleza y novedad de las metáforas,

la gracia de las expresiones pastoriles, la ingenuidad de las confesiones amorosas, el encanto de las descripciones campestres, y, ante todo, la frescura juvenil que da un tinte risueño á todos los cuadros, á todos los personajes, á las pasiones que abrigan, á los lugares donde se refugian y á la atmósfera en que viven y se agitan.

La aparición de Flérida en el atrio de la iglesia, la llegada de la paloma que, como un copo blanco de nieve, cae á sus pies, rindiendo el vuelo rápido para acompañarla al sitio donde ha de encontrar á Salicio; la marcha indecisa de la niña y la paloma, que recorren los campos y juntas penetran á los bosques; la relación punzante de la enfermedad de Flérida devorada por mal de amores, y el coloquio en que brinda su amistad á Tirreno, son páginas admirables y admiradas, en las cuales el poeta puso cuanto de ternura había en su alma y cuanto de vena rica y fecunda había en su numen.

Peón Contreras quiso coronar su obra literaria con un poema magistral en el que se sobrepusiera á sí mismo, y á fe que lo consiguió: porque *Flérida y Garcilaso* es, á nuestro juicio, lo mejor que salió de su pluma, el más perfecto de sus trabajos y aquel en que se reflejan, como en clarísimo espejo, sus cualidades las más salientes como poeta descriptivo y como poeta erótico.

Señores:

La muerte ha sido muy cruel para con nosotros, arrebatándonos á nuestro poeta Peón Contreras. Nosotros no sabemos si todos nos hemos dado bien cuenta del inmenso vacío que su muerte ocasiona. La literatura patria ha perdido á uno de sus más fervientes cultivadores; la poesía nacional á uno de sus bardos más inspirados; el arte, á su sacerdote más augusto; el romanticismo, á su corifeo más aplaudido; las mujeres, á su admirador más entusiasta; el dolor, á uno de sus mejores intérpretes, y el amor triste é infeliz, que vive de esperanzas irrealizables y de quiméricos ensueños, al más fiel de todos sus cantores.

Acerquémonos silenciosos y tristes á la tumba que guarda sus restos mortales, y sobre ella deshojemos manojos de rosas frescas acabadas de cortar de sus tallos por nuestras manos amigas. Ese es el homenaje que merecen los poetas amados de los dioses.

Noviembre 23 de 1907.



ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

ANTE EL CADAVER DEL

Sr. Lic. D. IGNACIO MARISCAL,

EL 17 DE ABRIL DE 1910.